

Veterinaria al servicio del planeta

JAIME GALÁN ELVIRA

Veterinario y Biólogo en NJOVU African Wildlife Conservation

Hace exactamente dos años, escribía un artículo para este mismo medio hablando sobre cómo la veterinaria es una profesión de servicio público. Concretamente, de servicio a la salud pública. Narraba algunas de mis aventuras como veterinario responsable de un proyecto de conservación de fauna silvestre en el sur de Zambia.

Hoy, dos años y unas cuantas aventuras más después, esta idea sigue más patente que nunca y traigo conmigo varias experiencias que lo confirman.

Que el ser humano es un animal más y no ajeno a las leyes de la biología nos lo confirma el hecho

de que seamos organismos eucariotas (nuestras células tienen núcleo, a diferencia de bacterias y arqueas), pluricelulares (estamos compuestos por muchas células, a diferencia de los protozoos) y heterótrofos (nos alimentamos de otros seres vivos, a diferencia de las plantas).

Si nos quedase alguna duda, podríamos referirnos al ilustre Linneo que, allá por el siglo XVIII, nos daba algunas claves interesantísimas. Este botánico sueco, mientras que el mundo miraba a los hallazgos de nuevas especies con un interés eminentemente culinario, se preguntaba por qué algunos de estos nuevos especímenes

se parecían más o menos a unas u otras especies domésticas.

Surge así la taxonomía, o la ciencia de la ordenación. Y es que, con un enorme acierto científico, Linneo entendió que no se puede trabajar con algo que no se conoce y no se puede conocer algo que no se clasifica. De esta forma, elabora una serie de “cajas” o categorías taxonómicas en las que ir ubicando a los distintos organismos que pueblan el planeta.

En una caja enorme estaría el “Dominio”, para el cual encontramos a los procariotas y a los eucariotas (los animales, entre



Agachados, en segunda posición empezando por la derecha, el Dr. Brian Musalo, del Departamento de Parques Nacionales y Fauna Salvaje. Desde la segunda posición empezando por la izquierda: Jorge Sobrino, Sandra Lapied y Jaime Galán, de NJOVU. El resto del grupo son estudiantes de la carrera de veterinaria en la Universidad de Zambia, recibiendo una formación con nosotros.



“ La prevención en este caso pasa por intentar reducir el deterioro de los ecosistemas, que está ocurriendo de forma imparable y buscar soluciones sostenibles a largo plazo para la crisis climática que es una causa alarmante de problemas que se agrava por momentos.”

otros). Así, bajará a la categoría de “Reino” para definir al animal, y continuará bajando hasta llegar a categorías más conocidas como “Familia”, “Género” o “especie”.

Pero esta clasificación, como cualquier otra, no es trivial ni carece de reglas. Para pertenecer a una caja u otra, deben cumplirse unos criterios de inclusión, al igual que existe una etiqueta determinada para entrar en una fiesta.

Si analizásemos al ser humano como un animal más (que lo somos), veríamos cómo vamos cumpliendo con todas y cada una de las características que se exigen para pertenecer a las distintas cajas (animal, mamífero, etc) hasta llegar a la categoría de primate.

Animales con cabeza muy grande en relación al cuerpo, ojos juntos al frente que permiten una gran visión tridimensional, reducción hasta la desaparición del hocico para permitir expresividad facial con la que comunicarnos y falta de garras en unos dedos muy móviles y ágiles, todo ello se aplica a nosotros igual que se aplica a un chimpancé.

Pero es que, además, por si alguno se sintiera ofendido por esta clasificación, podríamos consultar la genética, que nunca miente, y veríamos cómo estamos ineludiblemente situados en la misma caja que nuestros primos los baúinos, gorilas, bonobos y, a su

vez, en una caja superior compartida con elefantes, leones o caballos, la de los mamíferos.

Por todo ello, y como ya dije hace dos años, es insensato y carente de rigor científico el considerar que no somos animales y que, por tanto, somos ajenos a las leyes de la biología. Somos un animal excepcional, sin duda. Con unas características únicas y una distancia evolutiva, al menos a nivel social y cultural, sorprendentes y dignos de consideración de dimensiones sobrenaturales. Pero, a la hora de la verdad, pese a lo trascendental de nuestra existencia, somos seres eucariotas, pluricelulares y heterótrofos que poco pueden hacer frente a lo físico y biológico de la vida.

Todo este embrollo viene para reafirmar la idea de que, cuando un pequeño organismo como un parásito, una bacteria o un virus (estos últimos con una complejidad del asunto algo mayor que no viene al caso), en la búsqueda de su propia supervivencia, escogen un hospedador o bien un medio calentito en el que reproducirse, a veces se ponen muy exquisitos, pero otras muchas veces no.

Desajustes ambientales

Así, cuando por desajustes ambientales surge una proliferación de un agente infeccioso, poco

puede hacer nuestra condición de animal excepcional frente a la emergencia o reemergencia de la enfermedad. Ciertamente es que contamos con un arsenal armamentístico y científico del que carecerían otros animales (si no fuese por los veterinarios), pero no lo es menos que, incluso éste, tiene importantes limitaciones.

En un ejemplo actualizado más de cómo la veterinaria se pone al servicio del planeta, haremos un recorrido narrativo por la emergencia o reemergencia de una enfermedad infecciosa de gran importancia en producción animal y en salud pública: el ántrax.

Una pequeña bacteria con forma de bacilo, del que obtiene su nombre (*Bacillus anthracis*), y que vive libremente en suelos alcalinos de gran parte del planeta, es la responsable de una de las infecciones más letales del mundo.

Mientras que otras bacterias parecidas a ella son móviles y pueden desplazarse, ésta es inmóvil, pero cuenta con una estrategia formidable. En caso de detectar condiciones adversas, en lugar de destruirse o debilitarse como ocurriría con otras, esta bacteria decide preparar una pequeña maleta de emergencias en la que introduce todo lo indispensable y a la que forra con capas de protección.

Estas pequeñas maletas, llamadas endosporas, son capaces de permanecer intactas e incorruptibles en el ambiente durante décadas, siendo extremadamente resistentes a todo tipo de agentes desinfectantes.

Lo único que necesitan para activarse son unas condiciones favorables de calor, humedad y protección. Y es esto precisamente lo que encuentran cualquier animal endotermo que las incorpore a su organismo en un número suficiente.

Como estas endosporas se encuentran principalmente en el suelo y, fundamentalmente, en el sustrato, normalmente arena, en condiciones normales los animales no ingieren grandes cantidades, salvo casos concretos en minas de sal y otras circunstancias particulares.

Sin embargo, con la creciente frecuencia e intensidad de las sequías, algunos animales de gran tamaño, como hipopótamos, rinocerontes o elefantes, necesitan incorporar grandes cantidades de alimento a su dieta lo que, en ecosistemas de sabana seca y en épocas de sequía, se vuelve un importante reto.

Por este motivo, si pensamos en un hipopótamo que debe pastar y arañar los escasos brotes de hierba que crecen entre la arena seca, podemos asumir que, a medida que estos desaparecen, la proporción de tierra que ingerirá con los pequeños restos vegetales será mayor.

Con esa tierra ingerida irán también los pequeños paquetes de resistencia que nuestra bacteria en cuestión había preparado, precisamente por esa misma condición adversa de sequía y calor. Si sumamos el factor de cientos de miles de esos paquetitos en el interior de un hipopótamo que les provee de humedad y temperatura, podemos imaginarnos que tan a gusto se sienten que deciden que el peligro ha pasado.

Cuando esto ocurre, las endosporas se rehidratan y despliegan todo su contenido, convirtiéndose en bacterias activas que, ahora sí, de forma involuntaria, causan actividad patógena en el animal hospedador. En las condiciones tan cómodas del interior del hipopótamo, se replicarán en grandes números y producirán cuadros graves en el animal, ocasionándole finalmente la muerte al tener



De izquierda a derecha: Jaime Galán, un oficial de parques nacionales y el Dr. Brian Musalo. Preparándose para toma de muestras de agentes infecciosos.

una gran dificultad de encontrar alimento de calidad y, con él, fortalecer su sistema inmune.

Con esto tenemos la tormenta perfecta. El cadáver del animal muerto se convierte en un reservorio importante de esta bacteria que, al ser abierto por carroñeros y entrar en contacto con el oxígeno, favorece una reproducción aún mayor de la misma, convirtiéndose en un foco de contagio y contaminación de suelo, agua y alimento.

En ese momento, declarado un brote en una zona, se debe actuar con inmediatez. Y normalmente ahí nos encontramos los veterinarios, en primera línea antes que ningún otro profesional de la salud. Nuestro trabajo es anticiparnos a esto, tomar muestras, detectar el foco y ponerle solución.

Esta solución normalmente pasa por enterrar o quemar el cadáver para destruir las bacterias y sus endosporas y tratar todo el ambiente con algún desinfectante de gran potencia. Ciertamente es que, si dejáramos el cadáver intacto y tuviera lugar la putrefacción, esto también inactivaría las bacterias,

aunque habitualmente esto es poco posible ya que los carnívoros y carroñeros no lo suelen permitir.

El problema, como podemos imaginar, no se limita al pobre hipopótamo o a los pocos impalas que se acercan a pastar en la zona. El problema tiene el potencial de difundirse y extenderse, llegando con total facilidad a poblaciones animales de alta importancia, ya sea productiva o de conservación y a las poblaciones humanas.

Este es un caso más en el que los humanos, como animal más, entramos en el juego del *One Health* o una única salud, vertebrada por la salud animal, la salud humana (aunque esto sea en cierto punto redundante) y la salud ambiental.

Debimos aprender ya de la pandemia causada por el SARS-COV2 (causante de la COVID-19) que apagar pequeñas llamas no sirve si no frenamos la causa del incendio. Por eso, afrontar una crisis como un brote de ántrax sin atacar el origen y, sobre todo, buscar la prevención, presenta pocas garantías de éxito.



SOSTENIBILIDAD

La prevención en este caso pasa por intentar reducir el deterioro de los ecosistemas, que está ocurriendo de forma imparable y buscar soluciones sostenibles a largo plazo para la crisis climática que, independientemente de emociones personales, es una causa alarmante de problemas que se agrava por momentos. Es, literalmente, el elefante en la habitación, y nunca mejor dicho.

Por eso estamos ahí los veterinarios en la gestión de los recursos naturales. Para tomar muestras, exponernos al riesgo en primera línea, a menudo sin recibir un reconocimiento que, por otra parte, no buscamos, identificar los focos, proponer soluciones y, sobre todo, fomentar la prevención por medio de una explotación más sostenible del medio y de los recursos.

Todo esto son casos prácticos y reales de nuestro trabajo en NJO-VU, marco en el cual, este mismo año, en colaboración con el Departamento de Parques Nacionales y Fauna Salvaje de Zambia y, en concreto, con el fantástico y admirable profesional, Dr. Brian Musalo, hemos conseguido detectar a tiempo brotes de esta y otras enfermedades y proponer y aplicar medidas de mitigación que sabemos con seguridad, han contribuido a hacer de un problema enorme, otros más pequeños y manejables.

Otro ejemplo de nuestra actividad en la conservación y gestión de los recursos naturales surge en lo que nosotros llamamos los "domingos malditos". Ponemos este nombre porque no hay uno de esos días de la semana en que no estemos comiendo tranquilamen-

te en un restaurante o pensando en organizar la oficina y no recibamos una llamada urgente que requiere atención inmediata.

Ejemplos tenemos muchos. Quizá uno de los más llamativos sucedió cuando nos encontrábamos, Sandra, Jimena y yo mismo, de camino a comer en el restaurante Golden Leaf (uno de mis restaurantes favoritos de Livingstone) y recibimos la llamada del Departamento de Parques Nacionales porque un hipopótamo había caído durante la noche en una fosa séptica y teníamos que movilizarlos para rescatarlo. Algo que, por cierto, logramos hacer con éxito.

En otro de esos días que parecen destinados a una jornada tranquila y productiva con un ritmo relajado, nos encontrábamos, este mes de agosto, en el parque nacional



Empezando por la izquierda, en sentido de las agujas del reloj: el Dr. Fernando Marín, de México, el Dr. Brian Musalo, Jaime Galán y Jorge Sobrino. Trabajando sobre una cebrera en la toma de muestras para la monitorización de enfermedades.

buscando ubicaciones para instalar unos comederos especiales que nos permitirían administrar algunos fármacos para control de garrapatas en las temporadas más desfavorables.

En ese contexto, una charla relajada con el Dr. Musalo junto al *picnic site* del parque nacional se vio interrumpida por uno de los guías del parque, que se acercó a nosotros teléfono en mano para informarnos de que había visto a un bebé de elefante con una trampa de lazo en su trompa.

Normalmente, cuando recibimos este tipo de avisos y acudimos a la zona, el animal ya se ha marchado hace tiempo o bien quien lo reporta no es capaz de indicarnos la zona exacta o ha pasado demasiado tiempo como para encontrar al animal.

En este caso pensábamos que se trataba de una ocasión más de este tipo. Sin embargo, el guía enfatizaba que el elefantito no era capaz de comer ni beber, que se encontraba en una situación crítica y que lo había visto hacía pocos minutos a escasos doscientos metros de donde estábamos. Para acompañar y reafirmar esto, nos enseñó unas fotos en su móvil.

Mirándonos y pensando eso de los días malditos en los que planeas hacer tareas manejables y sencillas y en lo fácil y rápido que estos se complican, decidimos que, al menos, tenemos que acercarnos a la zona y evaluar la situación.

El reto de anestesiarse un elefante salvaje

Anestesiarse a un elefante salvaje supone un reto impresionante. Más aún si se trata de una cría, porque se hace obligatorio anestesiarse también a la madre y

“ En la gestión de los recursos naturales los veterinarios estamos para tomar muestras, exponernos al riesgo en primera línea, a menudo sin recibir un reconocimiento que, por otra parte, no buscamos, identificar los focos, proponer soluciones y, sobre todo, fomentar la prevención por medio de una explotación más sostenible del medio y de los recursos.”

alejarse al resto del grupo, que normalmente será extremadamente protector con ella. Para ello, frecuentemente se necesitan varias armas de fuego con suficiente munición como para disparar al aire y ahuyentar a un número indeterminado de elefantes furiosas que no entienden que estás intentando ayudarlas.

Con un solo oficial armado con su AK-47 y su respectivo cargador de treinta cartuchos, nos dirigimos en coche a la zona indicada por el guía sospechando que no íbamos a encontrar nada.

Por el camino la situación empieza a mostrarse reveladora, al ser uno de los días de la temporada en que más elefantes había dentro del parque nacional. Y es que estos animales no dejan de sorprendernos y pareciera que se anticipan a lo que va a ocurrir y acuden para mostrar apoyo a sus congéneres.

Tras unos pocos minutos de búsqueda, ahí está. Observamos a la pequeña cría con un grupo de elefantes y, efectivamente, vemos que su trompa está gravemente herida por una trampa de lazo, problemática de la que hablé en mi artículo de hace dos años.

Ponderamos nuestras opciones. Por un lado, tenemos los fármacos necesarios y los dardos para elefante, que son distintos a los

de la mayoría de las especies y admiten poco cambio. Por otro lado, tenemos solo el coche y un oficial armado, probablemente insuficiente si las elefantes no huyen tras los disparos.

Nos encontramos en una diatriba común en nuestro trabajo: enfrentarnos a un gran reto técnico y logístico, asumiendo algunos riesgos, u optar por una estrategia más conservadora. En este caso,



Jaime Galán tratando la herida de la trompa del elefante herido.



Grupo de elefantes en el que se puede observar, en primer plano, el elefante juvenil con la trompa herida por una trampa de lazo.

teniendo al animal en frente, algo que ocurre en poquísimas ocasiones, tomamos la decisión de hacer todo lo posible para evitar perderle la pista y, con toda seguridad, que termine perdiendo la vida.

Me pongo al volante, con el Dr. Musalo de copiloto, Sandra, Jimena y Jorge en la cabina y el oficial armado en la parte de atrás del coche, parte abierta para permitir mejor maniobrabilidad. Nos acercamos poco a poco saliendo del camino al grupo de elefantes que se encuentra entre el río y nosotros.

Valoramos la situación y esperamos lo que nos parece una eternidad para tener buena oportunidad de disparo y vías de escape seguras abiertas. En este momento hay que intentar evitar que el grupo corra al agua o hacia nosotros y, en este último caso, ser capaces de maniobrar con rapidez y huir sin ponernos en peligro.

Finalmente se da la ocasión, quizá no la perfecta, pero no quedan muchas más opciones. Preparamos el equipo, el Dr. Musalo carga los dardos, los introduce en el rifle y, con la precisión y puntería

que le caracteriza, hace blanco perfecto en ambos individuos, la madre y su cría.

Al recibir el impacto del dardo se agitan, pero no demasiado, aunque nos obligan a movernos y volver con el coche al camino. Monitorizamos al grupo, que empieza a ponerse nervioso al detectar signos de que algo ocurre a dos de sus miembros.

Como siempre suele ocurrir en estos casos, pudiendo huir a una zona abierta y cómoda en la que podamos trabajar, escogen una zona boscosa, escondida y lejos de nuestro alcance físico y visual. Así, vemos como el grupo se introduce en unos matorrales e intuimos cómo la cría parece caer al suelo. A la madre le perdemos la pista.

Nos acercamos entonces con el coche todo lo posible, sorteando a varios grupos más de elefantes que nos cortan el camino y nos obligan a retroceder y dar rodeos en al menos cinco ocasiones. Cuando conseguimos acercarnos a unos treinta metros del grupo, ahora compuesto por unas cinco hembras adultas y la cría, intenta-

mos ahuyentarlas haciendo ruido sin tener éxito.

Las hembras adultas amagan con cargar y barritan con todas sus fuerzas, haciendo que otros elefantes se agiten en la zona y acudan nerviosos, poniéndonos en un serio compromiso y viéndonos en más de una ocasión rodeados. En esos momentos es imprescindible mantener la mente fría, aunque se vuelve casi imposible, y tener una capacidad analítica que nos permita ponderar todas las opciones y escoger la mejor posible dadas las circunstancias.

El oficial acciona el gatillo y dispara un par de cartuchos al aire, con el sonido ensordecedor que tiene un AK-47 al disparar a corta distancia. Esto, lejos de tener el efecto esperado, enfurece aún más a unas elefantas acostumbradas a ser ahuyentadas con petardos por parte de la comunidad local a la que a menudo hostigan.

Siguen los amagos de carga y movemos el coche en incontables ocasiones intentando que se marchen, pero evitando riesgos para el equipo. Se suceden los disparos al aire y nos desgañitamos gritando y golpeando distintas partes del coche. Nada. Las elefantas siguen en su posición y vemos cómo están levantando a la cría anestesiada del suelo, pateándola y golpeándola para despertarla.

Sin saberlo, la están matando a golpes. Nos parece ver a la madre también tumbada en posición esternal (sobre el pecho), una posición que compromete seriamente la supervivencia del animal al ser los elefantes unos de los pocos mamíferos que tienen los pulmones rígidos y que permiten poca movilidad. Por tanto, en esta posición todas sus vísceras están comprimiendo los pulmones y el corazón, poniendo su vida en serio compromiso.

En estas operaciones, lo habitual es tardar entre cinco y diez minutos en poder acceder al animal, realizar la intervención, monitorizar la anestesia y, una vez terminado, revertirla para despertar al animal y que vuelva a la normalidad. Hemos sido capaces de hacer el proceso completo en siete minutos con otros animales.

En este caso, llevamos más de una hora intentando lograr un acceso seguro. Desesperados, llamamos pidiendo refuerzos a la unidad de protección especial de rinocerontes blancos del parque. Nos prometen que acudirán, pero la espera se hace interminable.

Resumiendo largos minutos de espera angustiada por cuestiones de espacio y buscando no alterar demasiado la tranquilidad del lector, vemos cómo, finalmente, aparece en Land Rover blanco con cinco oficiales dentro y llegan hasta nuestra posición.

Les explicamos todo el escenario y nos dicen que intentarán acercarse al grupo y disparar varias ráfagas con sus armas para, de alguna manera, “empujar” a las hembras lejos de la zona. Nos dicen que nos darán una señal si consiguen hacerlo.

Vemos cómo se internan con su coche en la zona boscosa y de maleza en la que cayeron ambos elefantes y esperamos de nuevo unos agónicos minutos. En este momento, hemos asumido ya que la cría está muerta, probablemente por los incontables golpes recibidos por su grupo que, con la mejor de las intenciones, tratan de despertarla. De la madre podemos esperar lo mismo tras más de una hora en esa posición tan comprometida.

De pronto, vemos cómo el coche blanco resurge de entre la maleza y se dirige a nosotros con toda velocidad, no sabemos si perse-

guido por las elefantas, indicando el fracaso de su tarea. Cuando llegan a nuestra zona, están dando gritos y haciendo aspavientos. Confundidos, acabamos entendiendo que nos dicen que han conseguido separar al grupo, pero que debemos actuar a toda velocidad porque no sabemos dónde han ido ni cuándo volverán.

En ese momento, conducimos nuestro coche a toda velocidad escoltados por los oficiales del otro vehículo y llegamos a una distancia relativamente segura. No hay rastro de las elefantas, pero bien podrían estar a cincuenta metros y de camino de vuelta hacia nosotros.

Cuando paramos el coche, vemos a la madre en la misma posición y, de forma milagrosa, observamos cómo mueve las orejas. Esto es signo de que está viva, lo que nos llena de júbilo, aunque también de que puede estar a punto de despertar de la anestesia.

Con la cría asumimos que no hemos tenido tanta suerte. Bajamos del vehículo rifle en mano y nos acercamos caminando a buscarla a ella en primer lugar, de la madre nos ocuparemos más tarde.

Efectivamente, la observamos inmóvil en el suelo, a pocos metros de la madre. Nos aproximamos a ella asumiendo que estas cosas pasan y entendiendo que siempre hacemos lo imposible por lograr rescatar a todos los animales que podemos, pero que esto no siempre funciona, y es algo normal.

Dejamos el rifle en el suelo y nos acercamos a ella para, al menos, evaluar la herida y observar su alcance cuando, de pronto, escuchamos un ronco sonido de respiración que sale del orificio causado en la trompa por la trampa de lazo.

Con toda velocidad, actuamos para cortar el alambre y limpiar y

desinfectar la herida. Inyectamos el antídoto de la anestesia en las venas de la oreja sin medir la dosis y administrando dos jeringas enteras, esperando favorecer un efecto más rápido con un fármaco que permite este tipo de actuación.

En cuestión de segundos, la cría recupera la vitalidad y trata de ponerse en pie. Con un tamaño poco mayor que el de un perro mediano, no supone ningún peligro físico para nosotros, por lo que la ayudamos a levantarse y, enseguida, se encuentra de pie y despierta, aunque algo confundida, mirándonos sin entender lo que está ocurriendo.

Acto seguido, nos dirigimos a toda velocidad a su madre, que sigue en esa posición tan desfa-



Jimena Gómez y Jaime Galán tomando muestras de un impala anestesiado para retirarle una trampa de lazo del cuello.





Jimena Gómez, Jaime Galán y el Dr. Brian Musalo trabajando sobre la madre del elefante herido.

vorable y moviendo las orejas con más velocidad. Con gran esfuerzo, logramos retirar el dardo de su pata delantera, que sale doblado por la fuerza del impacto y de la tracción al retirarlo.

Inyectamos igualmente el antídoto en la vena de igual forma que hicimos con su cría y nos retiramos a toda velocidad al vehículo, habiéndolo dejado en marcha para poder huir a toda velocidad en caso necesario.

En condiciones normales, el antídoto que usamos, la naltrexona, puede hacer efecto en cuestión de fracción de segundos. Según la especie, esto puede suponer un serio problema para nosotros, ya que se puede volver contra nosotros sin tener tiempo de huida. Esto es especialmente importante con animales tan peligrosos como los búfalos.

En esos casos, se puede administrar el antídoto por vía intramus-

cular, de absorción más lenta, o bien usar otro tipo de fármaco. En este caso no teníamos opción, la elefanta llevaba mucho más tiempo del deseable bajo la anestesia y, por si fuera poco, en una posición que amenazaba su vida.

Por suerte o por desgracia, dado el enorme tamaño y el tiempo que había pasado inmovilizada, la elefanta tardó un buen rato en conseguir ponerse en pie y al hacerlo, igual que nos ocurre al levantarnos deprisa tras un rato tumbados, perdió el equilibrio varias veces cayendo de nuevo al suelo.

Una complicación habitual en estos casos es el síndrome compartimental, por el que se produce una recirculación brusca de la sangre que no llega de forma homogénea a todas las regiones necesarias y puede causar serios compromisos incluso para la supervivencia.

En este caso, habíamos hecho todo lo que estaba en nuestra mano y, ante estas complicaciones, solo cabía tener algo de fe. La elefanta intentó levantarse varias veces más solo para darse de bruces de nuevo contra el suelo, en casi todas las ocasiones amenazando con aplastar a su cría, que se encontraba ya junto a ella confundida por lo que estaba pasando.

Finalmente, tras cinco o seis intentos, consiguió levantarse del todo y encontrar la necesaria estabilidad en sus cuatro patas. Con algo de contusión y conmoción aún, emprendió una marcha lenta, seguida de cerca por su cría para unirse al resto del grupo que, por cierto, respetó el proceso y no se acercó antes de tiempo, lo que habría supuesto un riesgo enorme para nosotros.

Con una inevitable sensación de orgullo y con la adrenalina por las nubes, observamos a una distancia ahora segura a la madre y la

cría alejarse y nos reunimos con el resto del equipo para analizar y comentar la operación.

Todos sonrientes pero agotados, volvimos al campamento a disfrutar de una comida conjunta, celebrando un éxito grande y agradecidos por todo lo que podía haber salido mal, pero que no lo hizo gracias a una combinación de experiencia, profesionalidad y, sin duda alguna, enorme suerte.

Unos días después, parte del equipo vio a un pequeño elefante con una herida en la trompa que parecía estar cicatrizando. Mi socio Antony, una de las personas que más sabe de elefantes del mundo, decía estar convencido de que era el mismo elefante, aunque yo soy menos optimista.

No tanto por no pensar que el elefantito lo consiguiera, que eso sabemos que sí, porque de otra manera habríamos encontrado el cadáver o recibido algún aviso, sino porque me parecía poco probable una recuperación tan rápida.

En todo caso, cada uno escoge la versión que considere. De lo que no hay duda es de que dimos una segunda oportunidad a un pequeño elefante que, si todo va bien, crecerá para convertirse en un digno representante de una especie que, además de un innegable daño y conflicto, también trae beneficios ecológicos y económicos a un país que bien necesitado está de ambos.

Damos así un servicio público, tanto desde el aspecto de la salud y *One Health* como desde la gestión de los recursos naturales y cumplimos con nuestra misión crucial en NJOVU African Wildlife Conservation: lograr una coexistencia pacífica entre humanos y otros animales y lograr un futuro más sostenible para todos.

¡Seguimos!